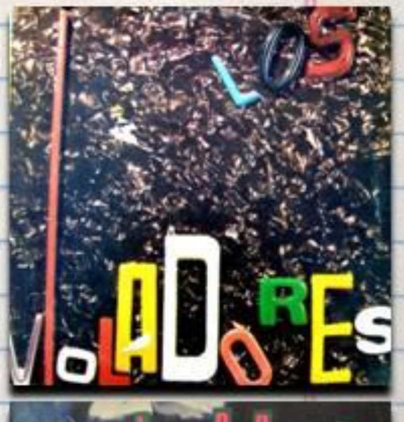
POR 1980 Y TANTOS

(Relatos breves inspirados en discos)













Pablo Iglesias

ÍNDICE

ALGUNAS PALABRAS

Esta serie de relatos surgió casi por casualidad. Un día quise hacer una composición con los títulos de los temas del disco de una banda amiga. Y de ese ejercicio nació un relato que gustó bastante.

Entonces, me propuse hacer una serie de cuentos breves que recorrieran las discografías de las bandas que me gustan. ¿Qué mejor manera que comenzar por Los Violadores? Fueron quienes me marcaron y, de alguna manera, me inspiraron a escribir mis primeras canciones y a tocar la guitarra.

Esta serie de relatos abarca solo hasta Otro Festival de la Exageración, etapa que para muchos es considerada como auténtica. Por respeto a ellos decidí que solo llegaría hasta este punto.

De más está decir que agradezco a José Caballero, quien me ayudó con las correcciones y a vos por el tiempo que dedicad a la lectura de mi humilde obra . Gracias por compartirlo y difundirlo.

Somos los mejores porque somos los peores.

Pablo Iglesias, 27 de marzo de 2019

LOS VIOLADORES

A veces me pregunto para qué estoy aquí. Veo ratas en el puerto, ratas en la calle y especialmente, ratas en lugares de privilegio y sucio poder. Sufrimos un cambio violento que pareció ser como un retroceso en el tiempo. Antiguos fantasmas volvieron a manifestarse y los viejos patéticos salieron a relucir su resentimiento.

Como verán ustedes, yo de la vida contento no estoy. Nos dicen que estamos en el paraíso, mientras nos dejan mirando la guerra por tv. Allí donde los yanquis son los buenos, salvan el mundo y siempre ganan.

Estos malparidos intentan convertirte en un producto de su sociedad y si pensás distinto y no querés bailar a su manera, no tienen el más mínimo reparo en regalarte una alegre represión cargada de globos.

Claro que es la punta del iceberg. La debacle actual se viene generando hace varias décadas. Donde los socios y predecesores con lazos sanguíneos convirtieron estas hermosas tierras en una guerra total y destruyeron la salud, la educación y por sobre todas las cosas... la moral y buenas costumbres.

Destapo una botella de vino y lleno mi copa, en silencio. A nuestros viejos los representaba el extraño de pelo largo que se había erigido como imagen de la rebeldía. A mí me representaron cuatro muchachitos que en aquellos tiempos oscuros se bancaron palos, borcegazos y aprietes hasta decir basta. Pero ellos nunca se callaron.

Desearía que las mujeres vengan a mí. Pero esas cosas solo pasan en las películas y en las vidas de los demás. Una hermosa colorada, enfundada en botas de taco aguja, calzas, minifalda negra y una remera de los Sex Pistols me mira y se acerca para brindar conmigo. Me dice que esta cena la parece un embole y llena de caretaje. Parece que después de todo... hay un destello de esperanza en esta noche.

La dueña de casa retira los platos y algunos se prenden en el infaltable y odioso carnaval carioca, mientras yo intento mantenerme ajeno a todo eso. Ella comparte mis puntos de vista y me dice que le gusta una banda llamada Los Violadores. "Solo importa lo que vos querés" susurra y me extiende la mano para sacarme a bailar reggaeton.

Me levanto, asqueado y agarro mi campera para irme cuando ella me grita. "Estás muerto antes de nacer".

Y AHORA QUÉ PASA, EH?

Voy caminando por la calle mientras los idiotas me miran al pasar, horrorizados por mi aspecto. Un patrullero pasa cerca mío y baja la velocidad. El oficial que está sentado a la derecha baja la ventanilla y me examina, como si me lanzara una amenaza velada. Un escalofrío me recorre. Como la primera vez que un policía pasado de rosca me amenazó de muerte.

Llego al recital y me encuentro con varias caras conocidas. Esta noche toca Pil y hacemos la previa, mientras recordamos viejos tiempos.

Alguien me pregunta por qué no armo una banda. Es como si me arrojaran una brasa ardiendo en el rostro.

—No quiero saber nada. Quiero ser yo, quiero ser libre y poder tomar decisiones sin tener que depender de los caprichitos y poses de nadie. Quiero vivir sin ataduras.

Una chica a la que no había visto nunca se acerca y me arroja un:

—¿Y por qué no hacés cumbia? Después de todo, somos latinoamericanos y lo que vos hacés es gringo. Además... te vas a llenar de guita.

La sola mención de ese ruido insoportable me genera náuseas y sonrío con falsedad. Mi imaginación se dispara. Me veo como si fuera Alex y le aplicara el viejo uno, dos, ultraviolento para dejarla abatida y con

el crobo rojo regando los adoquines del pasaje más cercano.

—Espera y verás. La revolución inter no la van a hacer ustedes. Cuatro pendejos que la van de bolches y se la quieren dar de rockeritos. —Me dice un flaco que tiene una banda de hardcore punk melódico a quien tuve la desgracia de cruzarme en varios shows. —Hay que dejarlo gobernar y darle tiempo al tiempo. Se robaron todo. Era una mentira todo lo que te decían que podías hacer.

Estoy a punto de responder, cuando vuela una trompada y lo manda a besar el suelo. Un gordo bastante alto con una remera de MCD le grita, completamente desencajado.

—¿Y vos te la das de punk? ¿Y venís a ver a Pil? ¡No entendiste nada, salame! Si cantaste Comunicado 166... ¡acá tenés el 167, siome!

Enfatiza sus palabras con un furibundo puntapié que lo hace gruñir. Los que nos rodean no los separan y cantan "Nada ni nadie nos puede doblegar".

FUERA DE SEKTOR

La guerra finalizó tan pronto como había empezado. Los yanquis habían ganado y salvado al mundo. ¿No lo hacen siempre? Bajo el inclemente sol del desierto, la naturaleza muerta era el mudo testigo de lo ocurrido. Hectáreas de desolación y abandono por doquier.

No es que tuvieran algún interés petrolero o militar en la región. Sencillamente, quisieron disminuir la densidad de población y cronometrar la velocidad de un bombardeo sigiloso. Los resultados habían sido excepcionales y en el Pentágono estaban de festejo.

Las noticias en la noche provocaban escalofríos y habían bautizado esta nueva etapa como la Era del Corregidor. El humilde pueblo de Tagaza se convirtió, prácticamente, en un pueblo fantasma llamado Zona Roja. Los sobrevivientes tenían que refugiarse bajo techo antes del toque de queda para evitar ser cazados fuera de sektor y sufrir el peor de los destinos.

Las cámaras y drones estaban estratégicamente colocados. Podían detectar a cualquier infractor para dar inicio a un perverso juego que revolucionaba las apuestas y redes en el país de las estrellas y barras.

La asolada ciudad recibía el asedio de los peores y más despiadados pistoleros quienes, al caer el sol, se convertían en sanguinarios depredadores. Todos ellos purgaban penas en sus países de origen, pero si lograban erigirse en el último hombre en pie, lograrían la libertad.

Del otro lado de las pantallas, una sociedad estaba mucho más allá del bien y del mal. Se regodeaba, expectante, al ritmo de un beat africano en el que los tambores eran reemplazados por balas.

Es sabido que las crisis son el caldo de cultivo para los caudillos y héroes. Tagaza no iba a ser la excepción y un ilustre desconocido logró derrotar a su contrincante, hacerse con sus armas y dejar varios cadáveres a su paso.

Las apuestas subieron, la pauta publicitaria también y en la Casa Blanca no perdieron detalle alguno. Las fauces avariciosas calculaban cuántas ganancias les daría un lugareño que llegara a instancias finales. "Después de todo, estos son tiempos de acción, señor Presidente".

MERCADO INDIO

Las cartas explosivas llegan a las principales ciudades en guerra. ¿Cartas a Londres o bombas a Londres? Ante las cámaras, los funcionarios minimizan el impacto y afirman que es solo una agresión. Que irán hasta las últimas consecuencias, pero no están al borde del abismo. "Acá no pasó nada", dicen.

Cada día me siento más incomprendido y solitario en la gran ciudad. Vivo en mi propio infierno privado. Privado de un trabajo, de un hogar y de una mujer con quien compartir mi vida.

En mis auriculares suena *Violadores de la Ley*. Estoy aburrido, divertido. Pateo estas calles llenas de comercios con nada en stock. Como la vida misma. Paso por lo que otrora fuera un gran cine y hoy es uno de los tantos templos de charlatanes y pastores millonarios que te quieren decir cómo tenés que vivir tu vida.

—Juega a ganar. ¡El cambio está en ti, oh, hermano! Solo tú y la meditación y conjunción con el cosmos traerán la prosperidad y la felicidad a tu vida. Tienes que saber vibrar.

—Oiga... yo hace diez años que estoy desempleado y con una fiebre reumática que no se me cura. Y eso que hago los ejercicios que usted me dio, además de escuchar todos sus discos. —Lo increpa un anciano que, a simple vista, cuesta creer que haya tenido buenos días.

—Eso es porque, hermano, estás vibrando incorrectamente. Hay gente que está toda la vida en oración y nunca ve sus deseos realizados. Es porque no tienen fe. Tienes que hacer los ejercicios y comprar estos amuletos de colores traídos especialmente para esta función, además de hacer la posición del loto con los pantalones bajos y el recto mirando hacia el sol.

Las hordas de espectadores se arrojan desesperadamente hacia el hall de entradas donde se encuentra el puesto de artículos que promociona el pastor y lo arrasan en cuestión de minutos.

Una señorita con sonrisa angelical me invita a entrar. Me resisto a ver cómo nos siguen estafando como si fuera un mercado indio, con espejitos de colores.

Y QUE DIOS NOS PERDONE

El mate cocido y el pan duro que me traen después de la caída de la luna saben a gloria. Casi me duele tragar y la luz me hace lagrimear. Me cuesta mantener el equilibrio. Se ve que hoy tenemos sobrepoblación de mosquitos, porque cada uno que pasa me da un cachetazo en la nuca para risa de los presentes.

Masticar es una agonía. Todavía siento la sangre seca en mis encías, pero intento ganar cada segundo que puedo y terminar el miñón que me dieron.

Un gordo de bigotes con el pelo grasiento y el rostro lleno de pozos me echa el humo de su cigarrillo en la cara y me hace toser. Todos se divierten y aplauden.

—¿No te parece gracioso, pendejo? ¡Reíte, carajo!

Me duele tan solo mover la boca. Él me sacude un sopapo que casi me arranca la mandíbula y escupo un hilo carmesí. Las carcajadas retumban en mi cabeza y advierto que me levantan sin dejarme terminar.

Me vendan los ojos. La humedad golpea mis fosas nasales y le da una patada a mis pulmones. Mientras me arrastran, creo que es la voz del gordo la que grita:

—¡Contra la pared!

Me atan a un palo y tengo la sensación de estar parado sobre la tierra, al aire libre. Tengo frío.

Aprieto los ojos, como si pudiera irme lejos de allí y en mi mente vuelan imágenes de vidas pasadas y aquellas que imaginé. Podrán matar a unos cuantos, pero no podrán silenciarnos. Aunque se resistan esto igual avanza.

—¡Preparen armas! —Ruge el oficial de mayor rango con tono marcial

Ellos son la derecha peligrosa. Los que intentaron decirnos cómo tenemos que vivir. Enemigos de toda libertad.

—¡Apunten! —El siseo de los trajes de fajina desgarra el tenso silencio.

Morirás. Nacerás.

Sus dulces labios habían susurrado mi nombre por última vez aquella tarde cuando el asqueroso Falcon verde estacionó en la puerta de la facultad. No podrán borrarme. Existirás más allá de mi último aliento de vida. Soy tu jinete. El...

—¡Fuego!

Es liberador. Ese mismo en el que vamos a arder a medianoche, como tantas veces, y huiremos juntos en la oscuridad.

OTRO FESTIVAL DE LA EXAGERACIÓN

Los vampiros dejaron un desastre a su paso. Por suerte, no se les ocurrió mirar por el tragaluz que daba al sótano del pub. Si no, otra hubiera sido la historia. Los vimos llegar, con sus sobretodos de cuero negro y sus pesadas botas.

Vos bailabas con un diminuto bikini con animal print en la tarima rodeada por moteros que musicalizaban con su característica mezcla de motores y rock and roll.

Te vi guiñarme un ojo y susurrar algo antes de lanzarme un beso volador por encima de las miradas llenas de envidia y de los ruidos. Un patovica me dedicó un gesto desafiante y sonreí pletórico de vanidad, con el pecho hinchado.

A pocos metros de allí, en un endeble ring, dos improvisados gladiadores intercambiaban puñetazos y golpes con lo primero que encontraran para vitoreo de los apostadores presentes. Cada vez que uno caía y chapoteaba en la acuarela de petróleo y sangre que se dibujaba en el suelo, las apuestas oscilaban dramáticamente. Rojo y negro. Pozos del infierno.

Y sin embargo, no sé por qué aún vengo noche tras noche a verte. Tal vez, porque sea un adicto a tí. O porque adoro el sinuoso vaivén de tu vientre en el circo moderno de la burda decadencia. O puede que sea algo masoquista. No lo sé.

Creí que el peligro había pasado cuando escuché varios disparos en la calle y el chirrido de los neumáticos que se clavaron sobre el empedrado. Los rostros permanecían ocultos entre las sombras y esos ojos destellaban un insano odio y desprecio por la vida.

Recuerdo haber tomado tu mano y gritarte "Vamos nena. Tenemos que irnos". Y correr hacia los camarines en busca de la puerta de servicio. Tomaste tu cartera, te pusiste las calzas y un saco rojo para escapar juntos a través de los estrechos pasillos.

El frío suspiro de la noche me sopapeó en cuanto abrí la puerta y nos encontramos en el callejón. Me encandiló tu mirada y el brillo de tus labios cuando me preguntaste por qué me preocupaba tanto por vos. "Estoy loco por tí". Entrecerraste los párpados y te mordiste el labio inferior con un delicioso mohín que me hizo estremecer.

—¡Juan Carlos! ¿Podés dejar de jugar con la consola y ayudarme con el bebé? —El aullido de mi esposa me trajo de regreso a la realidad con una extraña sensación.